



Lirios de agua, calas, flores extrañas, nenúfares... Flores y flores húmedas, de exótica elegancia.

de llegar el día en que se despertase la sensibilidad del público, especialmente del público femenino.

Hoy, este comercio, supone en las naciones una imprescindible nota de cultura, de refinamiento y de elegancia. Pensad en las naciones del Norte, donde parece que ha de costar tanto esfuerzo el cultivo de la flor, y que, sin embargo, logran obtenerla con maravillosa prodigalidad, como Holanda, Suecia, Alemania...

La Iglesia, que en otro tiempo empleaba en sus monumentos de Sema-na Santa gran parte de flor artificial, substituyó desde hace ya muchos años esa práctica por la fragante flor verdadera. En las tiendas de plantas se encargan del adorno en los altares, en las fiestas nupciales, e incluso de proveer y adornar la casa de la novia.

¿No es uno de los más bellos milagros en la maravillosa vida de San Francisco el Grande, aquel en que el *poverello* de Asís, conmovido al ver un rosal casi yerto bajo la nieve, abraza contra su pecho las secas y espinosas ramas, y al calor de su ardiente corazón el rosal reverdece y se cubre de encendidas rosas?

Quien verdaderamente ama, ¿qué prodigios no será capaz de obtener? La indiferencia y la desidia son las que, a la inversa del santo, truecan el florido arbusto en seco espino.

La mujer, que tiene positivo amor—un amor que puede rayar en pasión; quien esto escribe lo certifica—a la flor auténtica, no puede compartirlo con la ramplona afición a las caseras flores de trapo—lana, terciopelos, estambres—, labor, las más veces, de esas muchachas a quienes no se les ocurre cosa más útil en qué emplear sus actividades y su paciencia. Amén del trabajo, esos primorosos recreos de las moscas, no dejan de costarles su dinerito, pero *duran*, y esa es la magnífica razón de quien desconoce la gracia vital de lo efímero.

Las flores, joven lectora, son tus hermanas. Que te acompañen en la dulce intimidad del hogar, conforme a tus posibilidades. Hay flores fastuosas y flores modestas: desde la camelia doble, el soberbio tulipán, las suntuosas orquídeas, las flores raras, como la rosa zinia, estríada de blanco y carmín, hasta la rústica flor del guisante de olor, las reinas margaritas y las deliciosas violetas, pasando por las frescas lilas y las rosas primaverales, cuando su profusión abarata unas y otras, y siguiendo por los claveles, de diversas calidades, los narcisos, las ramas de mimosas y de espíreas, los follajes decorativos, hay, en suma, de todos los precios y para todos los gustos.

Y ya que la fragante vida floreal para tan pronto, aprended a prolongarla todo lo posible, que es obra de amor también. Las flores se marchitan más rápidamente en un ambiente demasado caldeado: evitadles algunas horas ese peligro, dejándolas por la noche en el balcón, si no

niela, o en habitación aireada: cambiadles el agua diariamente y cortad los cabos de los tallos; el cambio de agua, además de que les conviene, si el búcaro es de cristal, da esa limpidez chispeante en torno de los tallos sumergidos, que contribuye a la belleza de su presentación. En un gran ramo de flores, no todas se pasan por un igual; esparcidas en una mesa, se escogen, una por una, las supervivientes, eliminando algún pétalo seco, y se obtiene un ramo más pequeño, pero tan fresco y pimpante como si acabárais de adquirirlo.

Aprended a agrupar bien las flores. En el Japón, ésta es toda una asignatura para la juventud femenina. Durante años ha habido justificada preferencia por la unidad, es decir, por el ramo de las mismas flores y del mismo color—¿hay en el vasto mundo, decidme, nada más hermoso que un desordenado haz de rosas blancas, nieve azul, desbordando de un jarrón?—. Hoy se combinan dos o tres flores, o colores, lo que da lugar a tonalidades sorprendentes, pero ha de haber mucho tino y gusto para ello.

Desde luego, las flores deben ser cortadas con tan largo tallo como sea posible: unas pobrescitas flores rabonas son incolocables. Combinaciones preciosas se obtienen con flores y follaje, aunque no sea el que, por naturaleza, les corresponde; ved las grandes margaritas entre ramas de hidra: su tersa blancura resalta con irreprochable diseño sobre el oscuro verdor. Las lilas están bien con sus frescas hojas, y los ramitos de violetas rodeados de las suyas. Claveles y rosas, en cambio, lucen mejor en su desnuda magnificencia, sin follaje alguno.

La luz eléctrica colabora con su magia a la belleza del colorido en las flores; unas, bajo el foco luminoso, adquieren plasticidad escultural, como los nardos y las magnolias, y otras, un delicado colorido de acuarela, como las sinfonías en rosa y azul de los jacintos combinados.

Esperemos que las Exposiciones de Flores y de Plantas reaparezcan como signo de prosperidad, de trabajo y de cultura. Y en espera, lectora madrileña y lectoras que leáis «Y» desde tantas hermosas ciudades españolas, pasead en estos claros días primaverales por las rosaledas de los parques públicos; circulad con vuestros trajes claros y vuestras risas juveniles por las floridas y perfumadas avenidas, bajo los arcos de guirnaldas, entre los arbustos en capullos, ante los tirsos pomposos, ante cada espiral de follaje salpicado de rosas entreabiertas.

Si os acompaña vuestro amor, unís la decoración mejor a vuestro diálogo; quizá quede para siempre en vuestra memoria como un recuerdo emocionado de tan completa dicha; si no es así, todo en torno vuestro os hablará del amor y de su espera; y regresaréis a vuestro hogar con la retina empapada de belleza, con la expresión animada y con el corazón ligero.

MATILDE RAS.



He aquí un ramillete pintoresco, agrupado con el más original tino.

Las formas de las flores adoptan las líneas más exquisitas. El Todopoderoso decoró inmensos dones de belleza sobre las más variadas flores.

